

—¡Qué fea es! exclamó Luis.

—¿Cómo se llama ese templo grande? papá.

—Es la parroquia, hijo mío.

—¿Y cuántos templos hay? preguntó Carlos.

—Ademas de la parroquia, existen otros tres que son: El Hospital, la Divina Pastora y San Antonio.

—Apaseo es un pueblo pequeño, pero tiene un agradable aspecto y parece que progresa, dijo Doña Luisa.

—Mira, mamá, aquellas dos casas no son tan feas, exclamó Luis.

Carlos sacó un pequeño libro y comenzó á escribir.

Nuestro incansable viajero, continua escribiendo la maravillosa relacion de sus excursions; lástima que haya perdido la primera parte de sus apuntes.

Carlos guardó silencio.

—Yo te ayudaré, continuó Don Juan. Apaseo, cabecera de la municipalidad de su nombre, en el Departamento de Celaya, está situado á los 20° 24' de latitud N. y 20° 1' longitud O. del meridiano de México, á ocho leguas de la ciudad de Querétaro y á tres de la de Celaya.

—Al pasar he visto la administracion de correos y la de rentas y dos escuelas, dijo Carlos.

—Hay, aquí tambien algunas tiendas y tres mesones.

—Vamos á almorzar, dijo Don Juan, porque ya es tarde.

Media hora despues, el carruaje atravesaba rápidamente el pintoresco pueblecillo y se dirigia á Celaya.

A las doce, Luis asomó la cabeza por la portezuela.

—Allí está Celaya, papá, exclamó alborozado.

—Dentro de un momento, verás el magnífico puente de la Laja, construido por el célebre arquitecto D. Francisco Eduardo Tresguerras.

—¿Y de dónde viene ese rio? preguntó Carlos.

—Tiene su origen en un punto próximo á la villa de San Felipe, y pasa por San Miguel de Allende y el pueblo de Amoles ó Cortazar.

—El carruaje se detuvo y los viajeros descendieron á admirar el elegante puente.

—¿Qué distancia hay de aquí á Celaya, papá?

—Cerca de tres cuartos de legua, contestó Don Juan.

La bella é importante ciudad se levanta en la

extensa y fértil llanura, risueña y agradable, ostentando entre el apiñado caserío sus elevadas cúpulas y sus esbeltas torres.

—Vámonos, papá, exclamó Luis, que deseo mucho conocer esta poblacion.

—Actualmente es la tercera ciudad del Estado de Guanajuato, dijo Don Juan.

—Complaceremos á este niño, añadió Doña Luisa, acariciando á Luis y subiendo con él al coche.

Media hora despues, los viajeros se detuvieron frente al hotel de las diligencias.

De algun tiempo á esta parte, Celaya se ha transformado verdaderamente, embelleciéndose de una manera notable.

Ya no es la ciudad desaseada y triste, la ciudad hurañá, si se nos permite la expresion, que á pesar de poseer buenos edificios, causaba una impresion dolorosa y oprimia el corazon con su aspecto melancólico. Hoy la anima y le da nueva vida un inusitado movimiento; hoy en ella todo respira alegría, prosperidad, progreso. Celaya debe mucho á la benéfica influencia de su excelente gefe político el Sr. general D. Florencio Soria. (1)

(1) El Sr. Soria falleció hace pocos años, sentido generalmente.

—Dime, papá ¿en qué época fué fundada esta poblacion?

—El 12 de Octubre del año de 1570, contestó Don Juan; cuarenta y nueve años despues de la toma de la ciudad de México por los españoles, y diez y seis despues de la fundacion de la ciudad y Real de minas de Santa Fé de Guanajuato, siendo virey, gobernador y capitán general de la Nueva España, D. Martin Enriquez de Almanza.

—¿Y por qué le pusieron Celaya?

—Celaya es una palabra del idioma vasconco que quiere decir, llanura, tierra llana: los fundadores de esta poblacion eran hijos de las provincias vascongadas de España.

El primer ayuntamiento fué nombrado por el virey, antes de que se trazara la planta de la poblacion, y aquellos bravos montañeses, orgullosos y enérgicos, acostumbrados á tener sus consejos bajo el árbol histórico y sagrado de Güernica, celebraron su primer cabildo á la sombra de un mezquite corpulento, que segun me han informado, existia todavía hace pocos años. La naciente villa progresó con rapidez y el año de 1655, el rey Felipe IV le dió el título de ciudad, concediéndole todos los privilegios, fueros y preeminencias de

que gozaba la ciudad de Puebla. El escudo de armas de Celaya consistia en una imágen de la Virgen María, en campo azul, la cifra del rey al pié, y en el fondo dos manos llenas de flechas, á la sombra del árbol histórico de que acabo de hablar.

—Vamos á dar una vuelta, papá, dijo Luis.

—Tú eres incansable, hijo mio.

—Usted está contando cosas que yo no puedo comprender; Carlos escribe y yo me fastidio, dijo el niño haciendo una mueca.

Don Juan se sonrió, acariciando á Luis, cariñosamente.

—Id pues, dijo Doña Luisa; aquí os espero.

Don Juan y los niños salieron.

—A mí me gusta mas Celaya que Querétaro, dijo Adelina.

—A mí, no; exclamó Luis.

—Niños, ya estais dando vuestra opinion y todavía no conoceis la ciudad.

—Las calles de Celaya son mas anchas que las de Querétaro.

—Sí; pero Querétaro es mas bonito.

—Eso no.

La disputa hubiera sido interminable, si Carlos no la hubiera cortado á tiempo, diciendo de repente:

—Ayúdame á formar mis apuntes, papá.

—Escribe, pues.

Celaya, ciudad, cabecera del Departamento y de la municipalidad de su nombre, en el Estado de Guanajuato, está situada á los 20° 32' 31" de latitud N. y 1° 28' de longitud O. del meridiano de México, á la altura de 2,095 varas sobre el nivel del mar. El clima es muy saludable y la temperatura templada y agradable. En las inmediaciones hay hermosos y frondosos bosques de sabinos, fresnos y saúces del Perú. En todas direcciones se descubren sembrados de trigo, de cebada y de maíz, regados por las aguas del rio.

—Ahí está la plaza, exclamó Luis.

—¡Qué bonito jardin! dijo Adelina; se conoce que está cuidado con mucho esmero.

—¡Qué hermosas son las flores! papá.

—¿Vivirias aquí muy contenta? preguntó Don Juan.

—Sí, me gusta mucho la poblacion.

—Seguiremos nuestro paseo.

—¿Qué edificio es este? preguntó Carlos.

—La casa del Ayuntamiento; aquí está la gefatura política y las demas oficinas públicas.

—En el centro del patio hay un monumento.

—Es el pozo, artesiano, dijo Don Juan, riendo.

—¿Qué es eso, papá? preguntó Luis.

—Voy á explicarte, lo mejor que me sea posible, lo que es un pozo artesiano. Debajo de la superficie de la tierra existen diversas corrientes de agua, que forman una red en todas direcciones y á distintas profundidades.

—Es decir que hay arroyos y rios interiores, dijo Carlos.

—Exactamente.

—¿Y de dónde vienen esas corrientes?

—La mayor parte de ellas se forman por las filtraciones del agua de las lluvias en las montañas.

—¿Y cómo se hacen los pozos artesianos?

—Existen unos grandes aparatos que sirven para taladrar la tierra; se practica una abertura perpendicular y profunda, hasta encontrar una corriente subterránea, cuyo manantial esté situado en alguna elevación, y el agua en virtud de las leyes físicas, á que obedece, tendiendo á buscar su nivel constantemente, se lanza por el camino nuevamente abierto, derramando en la superficie de la tierra la frescura y la fecundidad.

—Qué bonito ha de ser ver brotar el agua por la primera vez, dijo Adelina.

—El génio del hombre todo lo intenta y todo lo alcanza, hija mía; para ese mago maravilloso que se llama el trabajo, no hay barreras, ni obstáculos, ni imposibles.

—¿Y qué profundidad tiene este pozo? preguntó Carlos.

—No lo sé á punto fijo, pero me parece haber oido decir que no pasa mucho de cien metros.

—¿Y produce mucha agua?

—La suficiente para las necesidades de la poblacion. Desde que se abrió este pozo se establecieron unos magníficos baños, frente al hotel de las diligencias.

—¿Y antiguamente de dónde se tomaba el agua?

—Del rio de la Laja, y de unos manantiales que existen en los puntos llamados Juan Martin y el Algodonal.

El agua del pozo artesiano es clara, trasparente y de muy buen sabor, escribió Carlos.

—Vamos á ver el templo del Carmen, papá, dijo Adelina, he oido hablar mucho de él y tengo deseos de conocerlo.

—Tendré mucho gusto en complacerte, contestó Don Juan.

El templo del Cármen es uno de los mas bellos monumentos elevados por la piedad cristiana en nuestro país. No hay un solo viajero que al pasar por esta poblacion no admire el magnífico edificio, que inmortalizó el génio de Tresguerras. Audacia en el pensamiento, maestría en la ejecucion, armonía en las proporciones, originalidad en el conjunto, todo se encuentra reunido en este soberbio templo.

—Vamos á verlo, papá, exclamó Cárlos.

—Ahí lo tienes, dijo D. Juan, en el momento en que daban vuelta á la calle.

—¿De qué órden son esas ocho columnas elevadas y airosas que forman el pórtico?

—Pertenece al órden corintio; sobre ellas está construida la bóveda en que se apoya la torre.

—¡Qué bonita! parece que está en el viento, exclamó Adelina.

—Ya vereis la cúpula, hijos míos; es tan artística como atrevida.

—Tiene al frente tres puertas, dijo Cárlos, tomando sus apuntes.

—¿La cúpula? preguntó D. Juan, sonriendo.

—No te burles de mí, papá; yo hablaba del templo.

—Vamos á ver el interior.

—Es como todos los templos que yo conozco, dijo Luis, desdeñosamente.

—Muy delicado es tu gusto, y muy descontentadizo te muestras.

—Un cañon con dos cruceros; no le hallo nada de particular.

—¿Qué dimensiones tendrá, papá? preguntó Cárlos.

—Ochenta varas de largo, veinte de ancho y veinticinco de elevacion.

—A la derecha, en el crucero, veo una capillita.

—Allí está la celebrada pintura "El Juicio Final," obra tambien de Tresguerras, que aunque ha sido muy elogiada, no creo que vale gran cosa.

—¿En qué época fué construido este templo?

—En los últimos años del siglo pasado se comenzó, bajo la direccion del arquitecto Tresguerras, que gozaba ya de gran fama. El padre San Cirilo, á cuyos esfuerzos se debe este magnífico edificio, dió al ilustre hijo de Celaya la preferencia, desdeñando las recomendaciones que se le habian hecho de Ortiz, Zapari y otros varios artistas mexi-

canos y extranjeros, que residían entonces en la capital de México. "Tresguerras siguió en esta obra, dice un biógrafo, las inspiraciones de su génio, y contra el torrente de la opinion y de la envidia, escogió lo más hermoso, lo más original, lo más sencillo y lo más sólido de la arquitectura, elevando un monumento que hará eternos su nombre y su memoria. Este suntuoso templo se consagró solemnemente el año de 1798.

—Vamos á la sacristía, papá.

—Poco hay que ver en ella: dos ó tres cuadros de pintores mexicanos antiguos, y alguno de la escuela moderna.

—Al entrar ví una Santa Teresa que me llamó la atención.

—Yo ví unas andas de madera, preciosas, añadió Adelina, me parecieron primorosamente talladas.....

—¿Qué tienen que ver las andas con las pinturas? exclamó Carlos interrumpiéndola.

—Subiremos á la torre, dijo Don Juan, para que os goceis admirando el bellissimo paisaje que desde allí se descubre.

El templo del Carmen se eleva magestuoso, dominando completamente la ciudad y la llanura.

Por todas partes se ven campos cultivados, huertos y jardines: hácia el camino de México, el río de la Laja deslizándose entre los árboles rumoroso, y á lo léjos grupos de montañas azuladas.

Después de haber visto la ciudad, á ojo de pájaro, nuestros viajeros se dirijieron al templo de San Francisco.

Este edificio es tambien un monumento: es menos artístico, menos elegante que el del Carmen, pero no menos digno de admiracion ni menos grandioso. Fué construido en 1751. Adherido al templo está el antiguo colegio, famoso en un tiempo, en que en virtud de una cédula real, estuvo agregado á la pontificia Universidad de México. (1) Los altares de la Iglesia de San Francisco fueron construidos por Tresguerras, en los primeros años de nuestro siglo.

Don Francisco Eduardo Tresguerras, arquitecto célebre, y uno de los mexicanos más ilustres, tanto por su génio como por sus virtudes, nació en la ciudad de Celaya el 13 de Mayo de 1765. Fué educado con esmero y desde los primeros años de su juventud se dedicó con entusiasmo al culti-

(1). En la actualidad existe en este edificio un notable colegio, sostenido por los fondos del Estado.

vo de las nobles artes. La pintura, la arquitectura, la música y la poesía fueron sus amantes favoritas, y á ellas consagró la mayor parte de su larga existencia. Dotado de una alma ardiente y generosa, Tresguerras no podia ser insensible á los acontecimientos memorables de su época; desde que se inició la idea de la independenciam de México, se declaró uno de sus más fervientes partidarios. Fué varias veces miembro del Ayuntamiento de su ciudad natal, é individuo de la diputacion provincial de Guanajuato.

Honrado por sus conciudadanos, como excelente patriota, y admirado como gran artista, falleció en 1833, víctima del cólera morbo.

Sus obras más notables son: el Templo del Carmen de Celaya, el Puente de la Laja, el Templo del Carmen, en San Luis Potosí y el Teatro de aquella ciudad.

—¿Cuáles son los otros templos, papá? preguntó Cárlos?

—La Cruz, el Señor de la Piedad, San Miguel, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, San Antonio y otros cuyos nombres no recuerdo.

—He visto muy buenas tiendas, papá, dijo Adelina.

—Efectivamente, hija mia, el comercio es de bastante importancia.

—¿Y á qué se dedican los habitantes? preguntó Cárlos.

—A la agricultura y á la fabricacion de tejidos de lana y de algodón.

En las inmediaciones, existe una magnífica fábrica de tejidos é hilados perteneciente á los Sres. Valencia y Gonzalez. Para que termines tus apuntes, te lo diré todo de una vez.

En Celaya hay un gefe político; Ayuntamiento, dos juzgados de letras; administracion de rentas y de correos y una oficina telegráfica. Tiene tambien la ciudad buenos hoteles y mesones, un teatro provisional y dos imprentas. La instruccion pública está bien atendida: segun una Memoria del gobierno de Guanajuato, hay más de cuarenta escuelas públicas en el Departamento.

Cárlos escribió.

Existen además varios establecimientos particulares de instruccion primaria, muy dignos de recomendacion. Celaya está llamada á ocupar un alto puesto entre las ciudades principales de la República.

Quando Carlos terminó sus anotaciones, nuestros viajeros recorrieron toda la población.

Al oscurecer, pasaban por una calle de los suburbios en que está un meson.

—Papá, dijo Luis de repente, yo conozco á ese señor.

La persona aludida, que era un hombre de mal aspecto, se cubrió el rostro con el embozo del jorongo y se caló el ancho sombrero de palma.

—Calla, niño, calla por Dios.

—Es uno de los ladrones de esta mañana, no me cabe duda, murmuró Carlos, buscando su pistola.

Adelina temblaba.

Don Juan apresuró el paso; los niños apenas podían acompañarle.

El hombre sospechoso los siguió de léjos.

Al llegar al hotel, Don Juan refirió á Doña Luisa lo que pasaba.

La excelente madre se asustó de una manera extraordinaria.

—¿Qué hacemos? preguntó.

—Ya lo pensaremos.

—La sopa está en la mesa, dijo un criado.

Todos pasaron al comedor.

Luis fué el único que hizo los honores; los demás apenas probaron la comida.

—Yo me vuelvo á México, dijo Doña Luisa, al levantarse de la mesa.

—Como quieras, contestó Don Juan, pero yo continúo mi camino porque tengo necesidad de estar pasado mañana en Guánajuato.

—Yo no te he de abandonar.

—Entonces, saldremos dentro de un momento: es lo mas seguro.

A las nueve de la noche el carruaje corria rápidamente por el camino de Salamanca.